



1

Septiembre de 1800

UN PEZ FUERA DEL AGUA

Nathaniel Drinkwater no vio el carruaje. Estaba en pie, abatido y preocupado ante el escaparate de la tienda de ropas cuando el vehículo entró en Petersfield por la carretera de Portsmouth. El cochero azotaba a sus caballos mientras se acercaban al León Rojo.

Drinkwater percibió de repente un tintineo y un crujido de arneses, el hedor a sudor de caballo, un rechinar de ruedas, una breve visión de un escudo de armas y una lluvia de suciedad mientras el carruaje atravesaba un charco a sus pies. Durante un segundo, contempló airado su casaca color ciruela y sus calzas arruinadas antes de dar rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Eh! ¡Maldito seas, bribón hijo de perra! ¿No puedes conducir por el centro de la carretera?

El cochero miró hacia atrás, con una sonrisa en su rostro colorado, aunque el grito le había sorprendido, particularmente en la calle mayor de Petersfield.

Drinkwater no se fijó en el rostro que se asomó a la ventanilla trasera del carruaje.

—Dios mío —murmuró, notando la humedad en los muslos. Lanzó una mirada incómoda al escaparate de la tienda. Tenía la vaga sensación de que el incidente era un castigo por





haber dejado solas a su esposa y a Louise Quilhampton, en busca del frescor vigorizante de la calle, después del chaparrón que había dejado los guijarros relucientes bajo la repentina luz del sol. El agua todavía corría por las cunetas y goteaba en las tuberías. Y también en los extremos de su nueva casaca, ¡maldición!

Se frotó infructuosamente las calzas manchadas, deseando fervientemente poder cambiar su rígido cuello alto por las suaves solapas del uniforme diario de un oficial naval. Contempló con disgusto sus manos embarradas.

—¡Nathaniel!

Levantó la vista. A cuarenta yardas de distancia, el carruaje se había detenido. El pasajero había ordenado al cochero que siguiera adelante, y estaba avanzando hacia él. Drinkwater frunció el ceño, inseguro. El hombre era mayor que él, y vestía una casaca verde botella sobre unas calzas de seda, con un corbatín color crema al cuello. Su elegancia redobló la irritación de Drinkwater ante el estado de sus propias prendas. Se disponía a prorrumpir en imprecaciones por segunda vez aquella mañana cuando reconoció la atractiva sonrisa y los penetrantes ojos castaños de lord Dungarth, antiguo primer oficial de la fragata *Cyclops*, y a la sazón empleado en ciertas operaciones gubernamentales de naturaleza clandestina. El conde se le acercó con la mano tendida.

—Mi querido amigo, lamento terriblemente... —indicó el estado de Drinkwater.

Drinkwater se sonrojó y estrechó la mano que se le ofrecía.

—No tiene importancia, milord.

—¡Ja! —rió Dungarth—. Miente usted muy mal. Acompañeme al León Rojo y permítame compensarle con un trago mientras cambian mis caballos.

Drinkwater dirigió una última mirada a las mujeres de la tienda. Parecían no haberse fijado en los incidentes del exterior, o habían decidido ignorar su estallido de mal genio. Agradecido, echó a andar junto al conde.





—¿Se dirige a Londres, milord?

—Sí —asintió Dungarth—. Voy al Almirantazgo a ver a Spencer. Pero, ¿y usted? Me enteré de la muerte del viejo Griffiths. Su informe se abrió camino hasta mi escritorio, junto con los papeles de Wrinch en Moca. Estuve encantado de saber que el *Antigone* había sido enrolado en el servicio naval, aunque lamenté la huida de Santhonax. ¿Recibió usted su premio?

Drinkwater sacudió la cabeza.

—La charretera fue a parar a nuestro viejo amigo Morris, milord. Apareció en el mar Rojo como una moneda falsa... —Hizo una pausa, y luego añadió en tono resignado—: Dejé al comandante Morris tumbado en una cama de hospital en el Cabo, pero al parecer sus cartas predispusieron a sus señorías contra cualquier petición de un mando por parte de su humilde servidor.

—Ah. Cartas a su hermana, sin duda; una perra venenosa que todavía disfruta de cierta influencia gracias al fantasma de Jemmy Twitcher. —Continuaron la marcha en silencio, entrando en el patio del León Rojo, cuyo dueño, advertido de la llegada inminente del noble por el escudo del carruaje, los condujo a una habitación privada.

—Una jarra de ron, tabernero, y dese prisa, por favor. Bien, Nathaniel, está usted algo más bronceado por el sol de Arabia, pero por lo demás no ha cambiado. Le interesará saber que Santhonax ha regresado a París. Según mis informes, ha sido nombrado teniente coronel en un regimiento de infantes de marina. Bonaparte está muy ocupado echando tierra sobre su fracaso oriental.

Drinkwater soltó una carcajada amarga.

—Ha tenido suerte de encontrar empleo... —Se detuvo y miró fijamente al conde, preguntándose si no habría sido impertinente sin proponérselo. Sonrojándose, continuó a toda prisa—: Si le digo la verdad, milord, me irrita no tener un destino. Viviendo aquí, junto a la carretera de Portsmouth, veo todos los días a los marineros acudiendo a presentarse a sus





fragatas. Maldita sea, milord —continuó, habiendo llegado demasiado lejos para retirarse—, no está en mi naturaleza pedir favores, pero estoy seguro de que en algún lugar debe haber un cúter...

—¿No preferiría una fragata o un navío de línea? —dijo Dungarth con una sonrisa.

—Aceptaría una bañera si llevara una carronada, pero creo que no soy lo bastante joven para una fragata, ni lo bastante refinado para un navío de línea. Un barco menor me daría al menos una oportunidad.

Dungarth miró astutamente a Drinkwater. Era una lástima que un oficial tan prometedor no hubiera recibido aún un nombramiento de comandante. Identificó el deseo de Drinkwater de un barco menor como un síntoma de su dilema. Quería su propio barco, un mando de teniente. Era lo único que le ofrecería una verdadera oportunidad de distinguirse. Pero los tenientes ignorados envejecían al mando de transportes, cúteres y cañoneras, empleados siempre en las tediosas misiones de escoltar convoyes o en escaramuzas pequeñas pero sangrientas que pasaban desapercibidas para el gran público. Había un toque de gris en las sienes de la melena castaña, recogida lejos de la alta frente en una coleta de marinero. Su párpado izquierdo presentaba quemaduras de pólvora como manchas de tinta, y una antigua cicatriz le recorría la mejilla izquierda. Era el rostro de un hombre habituado a las misiones duras y a las decepciones. Dungarth, ocupado en librar una guerra cada vez más impopular, comprendió que el talento de Drinkwater se estaba desperdiciando en Petersfield.

Llegó el ron.

—Es usted un pez fuera del agua, Nathaniel. ¿Qué le parecería una cañonera? —Dungarth observó la reacción en los ojos del joven. Se iluminaron inmediatamente, borrando la rigidez de su rostro y haciendo pensar a Dungarth en el guardiamarina entusiasta que había sido Drinkwater.

—Le estaría eternamente agradecido, milord.





Dungarth bebió un trago de ron y quitó importancia con su gesto a la gratitud de Drinkwater.

—No le haré promesas, pero supongo que habrá oído hablar del asunto del *Freya*, ¿eh? Hemos apaciguado a los daneses, pero el zar se ha ofendido ante la fuerza de la embajada de lord Whitworth a Copenhague para solucionar el asunto. Está furioso por la llegada al Báltico de barcos de guerra británicos. Se lo digo en confianza, Nathaniel, recordándole las promesas que hizo cuando servía a bordo del *Kestrel*...

Drinkwater asintió, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

—Lo comprendo, milord.

—Vaubois nos ha entregado Malta. Pitt opina que Mahón es suficiente como base en el Mediterráneo, pero muchos de nosotros no estamos de acuerdo. Defenderemos Malta. —Dungarth enarcó una ceja significativamente—. El zar desea la isla, al igual que Fernando, el rey de las Dos Sicilias; pero el zar Pablo es el Gran Maestre de la orden de San Juan, y su pretensión tiene cierta validez. En el momento actual, la coalición contra Francia amenaza con estallar como una manzana podrida: Austria no ha hecho un solo disparo desde su derrota de abril en Marengo. En resumen, el zar tiene el poder de romper fácilmente toda la alianza. Y su carácter es lo bastante inestable como para llevarle a anteponer su orgullo herido a las necesidades políticas. —Hizo una pausa para tomar un trago de ron—. Recordará usted que, en nuestro último *contre-temps* con Su Majestad Imperial, el zar propuso resolver las diferencias entre nuestras dos naciones en combate singular con el rey. —Dungarth se echó a reír—. Esta vez se ha conformado con confiscar todas las propiedades británicas en Rusia.

Los ojos de Drinkwater se abrieron al comprender la situación.

—Veo que me sigue usted —continuó Dungarth—. Para variar, estamos remarcablemente bien informados de los acontecimientos, tanto en San Petersburgo como en Copenhague. —Sonrió, con cierto aire de felicitación irónica—. Pese





a las enormes sumas de dinero que le pagamos, el zar finge preocupación por Dinamarca. La preocupación de un depredador ante su presa, pero eso es problema de los daneses. Para ser más explícito, querido amigo, la consecuencia principal de las fobias de ese lunático es haber reavivado la antigua neutralidad armada de los estados bálticos, moribunda desde la guerra de la independencia americana. La combinación ya nos resulta conocida, y significa que los aliados del norte tendrán una fuerza apabullante dispuesta a operar al unísono con las flotas francesa y báltica. No tengo ni idea de cómo pueden entenderse el loco del zar Pablo con el Primer Cónsul Bonaparte, pero se dice que tienen un tratado secreto. Tras sus experiencias con los holandeses, Drinkwater, no le hará falta esforzarse para imaginar las consecuencias de semejante flota combinada a nuestras puertas.

—Desde luego que no —dijo Drinkwater, meneando la cabeza.

—De modo que, suceda lo que suceda... —Hubo una llamada a la puerta, acompañada del anuncio de que los caballos de refresco habían sido enganchados. Dungarth tomó su sombrero—. Suceda lo que suceda, debemos lanzar un ataque rápido y preventivo. —Le tendió la mano—. Adiós, Nathaniel. Puede confiar en que encontraré algo para usted.

—Le estoy muy agradecido, milord. Y también por las confidencias. —Se levantó, y permaneció perdido en sus pensamientos mientras el carruaje abandonaba el patio. Había transcurrido menos de media hora desde que aquel mismo carruaje le ensuciara la ropa. Sentía una excitación creciente. El Báltico era un mar relativamente poco profundo, un teatro de operaciones para barcos pequeños, una guerra para tenientes al mando de cañoneras. Su mente trabajaba a toda prisa. Pensó en su esposa, con cierta culpabilidad, y luego en Louise Quilhampton, abandonada en la tienda con Elizabeth, y cuyo hijo había regresado con él desde el mar Rojo con un garfio de hierro en lugar de la mano izquierda.

La mente de Drinkwater pasó a ocuparse de James Quil-





hampton, o el señor Q., como le habían conocido los oficiales del bergantín *Hellebore*. También se encontraba sin empleo, e impaciente por un nuevo nombramiento.

Recogió su sombrero y blasfemó entre dientes. También estaba Charlotte Amelia, a la sazón de casi dos años. Drinkwater la añoraría terriblemente si regresaba al servicio. Pensó en ella, balanceándose en el regazo de Susan Tregembo, cuando habían salido de casa una hora atrás. Y también estaba Tregembo, silencioso y preocupado por la ociosidad de su señor.

La antigua obsesión empezó a corroerle, tirando de él en dos direcciones: Elizabeth y los ojos castaños y confiados de su hija, las comodidades y la tranquilidad de la vida doméstica, contra la dureza de los deberes de un oficial naval. Siempre añoraba una de las dos cosas cuando tenía la otra a mano.

Elizabeth lo encontró saliendo del León Rojo, observando su ropa sucia y el carruaje que ascendía a toda prisa por la colina de Sheet.

—¿Nathaniel?

—¿Eh? ¿Sí, querida? —La culpabilidad lo empujó a una amabilidad exagerada—. ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Dónde está Louise?

—No me extrañaría que se hubiera ofendido. Nathaniel, me estás ocultando algo. ¿Ese carruaje...?

—¿Carruaje, querida?

—Carruaje, Nathaniel, con un escudo de armas de tres cuervos negros sobre un campo azur. Las armas de lord Dungarth, si no me equivoco. —Pasó un brazo por debajo del de Nathaniel, mientras éste le dirigía una sonrisa torcida. Era tan hermosa como la primera vez que la había visto, en el jardín de una vicaría de Falmouth, años atrás. Su ancha boca tenía una expresión levemente burlona.

—Huelo a pólvora, Nathaniel.

—Me ha desarmado usted, señora.

—No es demasiado difícil —dijo ella, apretándole el brazo—. Mientes muy mal.





—Era Dungarth —dijo él con un suspiro—. Parece probable que entremos pronto en guerra contra las potencias del norte.

—¿Rusia?

—Eres muy perspicaz. —Le sonrió cálidamente y la conversación prosiguió sin más interrupciones.

—Oh, no soy tan estúpida como algunas de mi sexo.

—E infinitamente más hermosa.

—Vaya, amable señor, no buscaba cumplidos, sólo hechos. Pero no deberías juzgar mal a Louise por hablar tanto. Es una buena persona y una amiga leal, aunque ya sé que prefieres la compañía de su hijo —concluyó Elizabeth con énfasis.

—La conversación del señor Q. es más de mi gusto, desde luego...

—Bah —interrumpió Elizabeth—. No sabe hablar de otra cosa más que de vuestra maldita profesión. Vamos, todavía huelo a pólvora, Nathaniel. —Y añadió en tono de advertencia—: No cambies de rumbo.

Él respiró profundamente y le reveló las noticias de Dungarth, aunque sin dar detalles.

—De modo que será *Britannia contra mundum* —dijo ella al fin.

—Sí.

Elizabeth permaneció un momento en silencio.

—Este país está cansado de guerras, Nathaniel.

—Y yo no soy una excepción, pero... —Se mordió el labio, molesto por haber dejado escapar aquella última palabra.

—¿Pero, Nathaniel? ¿Pero? ¿Pero mientras haya que luchar, es imposible que los combates lleguen a una conclusión satisfactoria sin la indispensable presencia de mi esposo? ¿Es eso?

Nathaniel la miró fijamente, consciente de su esposa tenía muchos motivos de queja. Pero Elizabeth disimuló, como sólo ella sabía hacerlo, y recurrió a cierto tono burlón que enmascaraba sus verdaderos sentimientos.





—¿Y lord Dungarth te ha prometido un barco?

—Como te he dicho, querida, eres muy perspicaz.

Drinkwater no vio que los ojos de Elizabeth se llenaban de lágrimas, aunque ella sí percibió el entusiasmo en los de él.

